

FRANCISCO JAVIER EXPÓSITO LORENZO

¡somos tierra santa!

la paz de melville



La Huerta Grande

EDITORIAL

FRANCISCO JAVIER EXPÓSITO  
LORENZO

¡somos tierra santa!  
la paz de melville



ESLES DE CAYÓN  
2019

Madrid, enero 2019

Edita: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-41-9  
D. L.: M-35931-2018

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28018 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

## Miércoles, 1 de marzo Jaifa

Era la novena de las peregrinaciones emprendidas por Miguel y Paco. El nueve es un número de energía espiritual que marca un final de camino y desliza el paso a otra etapa, un sudario de procesos vivenciales que provee el caldo de cultivo para nuevas experiencias metafísicas. Aunque lógicamente se repitieran los recorridos y lugares en la marcha, siempre iba a existir ese libre albedrío que permitiera, aun siendo nueve veces nueve las peregrinaciones realizadas, una frase como la que se dio tantas veces a lo largo de nuestro viaje, «es la primera vez que»... Como sucedió cuando comenzamos camino justo en un miércoles de ceniza, hecho nunca acaecido en las ocho peregrinaciones anteriores. ¡Toma ya!, en mi último recuerdo del inicio de Cuaresma, allá por los diez u once años, tenía la frente embadurnada de ceniza y no entendía qué se celebraba en la Pascua, como poco sabía de la Cuaresma que nos esperaba cuando salimos del aeropuerto de Tel Aviv, agarrados a nuestras mochilas cuan cofres de rubíes, un poco acongojados por las pocas horas de sueño y los severos controles israelíes que nos esperaban y de los que habíamos sido advertidos.

Aún con los ojos entornados, violando la espesura de la mañana, nada más atravesar la puerta, como el león protector de la manada

que encuentra al fin a sus cachorros, apareció de entre el gentío Paco, un mito carmelita de cuyas hazañas sabíamos por Miguel, y sobre el cual no te hubieras resistido a escribir nada más echarle los ojos encima, Herman, con esa mano desatada que siempre tuviste para las descripciones de superficie y abismo en las personas. Paco era enjuto, quijotesco diría, de adarga antigua y rocín sus piernas, hidalgo andador donde los hubiera, tan frugal que su desayuno durante todo el viaje consistió en un café descafeinado con leche, su gasolina diesel para dejar tirado en la cuneta a todo peregrino que se preciara; su sonrisa de galán aún no relucía, observándonos con ademanes de cazador experimentado en mil monterías, ese que huele el almizcle a kilómetros y con sólo alzar el hocico sabe cuál de las piezas acabará con ampollas, trasquilado, en el furgón de cola o a rebufo de sus huellas frías. Paco, el Indiana Jones de Israel, propietario de una voz que alargaba con gravedad haches y emes sacadas del armario empotrado de su garganta, y que hizo del *huuumus* un mantra y de *cafarnahuuum* la promesa de un tren en marcha. Él, que nos guió y contó historias bíblicas sobre mapa y terreno, que atrapaba la cadencia del desierto en su piel y su lengua, era una mezcla de todos los olores y sabores de esta tierra, de los beduinos a los cananeos, de los galileos a los persas, de los cruzados a los templarios. En él cabían todas las carreteras y los cruces de caminos, porque las arrugas de su piel eran los trillados senderos de aquella tierra que había recorrido durante más de cuarenta años, y por la que habían luchado mil y un pueblos en el sudor apestando de nuestra historia.

Es 2 de enero de 1857 y desesperas en tu habitación del Hotel Victoria, «mi enojo no conoce límites por los dos días en Alejandría que podría haber pasado con todo deleite en El Cairo», aunque

reconocerás que los viajeros «están expuestos a estas cosas»<sup>1</sup>. Ya ves Haifa de lejos. En la bruma de una memoria no consciente, sabes que es uno de los puertos más antiguos del mundo, que existía ya antes del Diluvio, que a él llegaban varados los Titanes tras sus terribles combates con Zeus y los dioses antes de ser enviados al Tártaro.

Avistas los rompientes de esa deseada Haifa el 6 de enero, ¡menudo regalo de Reyes! Lo primero que escribes en tu diario es «marejada», nada excepcional si consideramos las idas y venidas de tu grafía en algunas cartas a tu mujer, hojas de un mar bravío que se pierde en borrascas patagónicas. Las olas siempre arrecian por dentro cuando el alma pesa y se estrellan en los rompeolas regresando siempre, regresando. Y en tu caso, Herman, las olas a veces forman muros más altos que la muralla de Constantinopla, tsunamis que te llevan al fondo de los abismos, allá donde cachalotes y krakens tienen combates terribles hasta entrelazarse y hundirse juntos en lo más oscuro del océano.

Haifa te recibe, ajena a sus muros, antes de marchar hacia la Jerusalén de tus glosas. Sabes que has dejado atrás a Lizzie y tus hijos, no te importa, toca navegar solo en el círculo del tiempo que se abre y cierra sobre estas tierras, tratar de forjar una realidad atestiguada sólo por tu ojo interior, cuna de todo caudal que corre libre; por eso, en este contemplar el océano claro y azul desde el barco, parece proclamarse otra vida cuando no la analiza tu mirada de artista, y la luz que acaricia las olas tiene visos de existencia por sí misma en tu bajar los párpados, como si cegar los ojos al mar abriera en tu interior profundidades insondables y olvidadas, borrándose el

---

<sup>1</sup> Herman Melville, *Diario de viaje por Europa y Oriente*, en *Las Encantadas*, *op. cit.*, p. 196.

mundo de la superficie de un solo trazo, el universo de lo oculto abriéndose bajo la espuma al ritmo de las ondulaciones de las aguas, ajenas siempre a la mirada consciente que todo lo envuelve en procesos subjetivos. En esa realidad no mostrada recalcan entonces los miedos que parecen monstruos marinos, cetáceos que al respirar hieren con su chorro, y más abajo, desconocida, y pese a todo sólida en su oscuridad, la tranquilidad más pasmosa, la que engulle a tu capitán Ahab atado con la maroma de sus propios arpones a la carne viva de Moby Dick, presto para hundirse en los abismos del silencio, a lomos de ese leviatán blanco al que persiguió con denuedo, incapaz de darse cuenta de la sombra que siempre les ha unido, de regreso a los aparentes infiernos donde los monstruos procrean la luz de los cielos...

Cuando llegamos al colegio de los carmelitas en Haifa, lugar desde el que Paco, este beduino del Carmelo, se mueve allá y acá del país, me doy cuenta para mi desesperación de que a la noche dormiremos en el suelo de baldosas duro y frío de un salón de actos que, nada más verlo, provoca dolor de espalda. Miguel nos reúne un momento a todos, por doquier caras de vampiros recién levantados de sus ataúdes, y antes de echarnos un ratito para luego salir pitando nos avisa, muy serio, de que la peregrinación comienza, y que él es sólo un propiciador, con su rosario de pétalos para deshojar la marcha que «habéis de vivir como una semilla, y dejar que las cosas pasen», nos dice antes de que empecemos a sentir el viento del peregrino en la frente.

«Acoged lo que venga del camino», se trata sólo de eso, sólo...

Y así pasa, que cuando salimos por fin al primer paseo sucedió otra de esas *primeras veces en una peregrinación*, como la del miércoles

de ceniza: llovía al llegar a Haifa. Miguel se rascaba la cabeza viendo la marea que caía de los cielos dándonos la bienvenida. Para el peregrino, la lluvia, los truenos, empaparse los pantalones o encharcarse las playeras son meras trivialidades, recursos de los duendecillos tocapelotas del viaje para desposeerle un poco más de las comodidades mundanas. Puestos a eso, ¡mojémonos!, verbo elástico que seca rápido.

Deciros que Haifa es la tercera ciudad de Israel, una urbe industrial y marítima por encima de las doscientas mil almas, a noventa kilómetros del aeropuerto Ben Gurion<sup>2</sup> y fundada en las faldas del Monte Carmelo, probablemente una de las estribaciones montañosas más largas —unos treinta kilómetros— y más sagradas del país. Como casi todas las ciudades israelíes y palestinas, Haifa ha pasado por manos egipcias, babilonias, seléucidas, persas, romanas, bizantinas, árabes, cruzadas y finalmente árabes y turcas, para terminar siendo el puerto de entrada de los judíos tras la II Guerra Mundial. Quizá por eso sea una de las urbes donde mejor conviven musulmanes, cristianos y judíos, tanto Jaredíes<sup>3</sup> como de origen ruso, a los que delatan sus facciones cosacas y ojos tan glaciales como el lago Baikal. En estas tierras el mestizaje es lo común, cómo no va a serlo cuando estamos hablando de una franja costera que es

---

<sup>2</sup> Primer ministro de Israel entre 1948 y 1953, reelegido de 1955 a 1963 y el alma de la proclamación de la independencia de Israel.

<sup>3</sup> Los Jaredíes son considerados los judíos ultraortodoxos, y entienden que la Torá o Pentateuco es la Ley de Dios dada como un instrumento para vivir en el mundo. *Temen a Dios* y tiemblan ante el hecho de incumplir cualquiera de los 613 *mitzvo* o mandamientos. Se rigen por el principio de la ley y por el principio de fe en los sabios, con lo que todo judío compasivo debe tener un rabino que lo guíe. No creen en el Estado, opuestos al sionismo, aunque ahora parecen tener más laxitud al respecto, siempre desde una posición crítica, pues ven posible vivir en Tierra Santa, aunque siguen considerando el Estado israelí una idolatría y una rebelión que provoca a los pueblos gentiles.

el hilo conductor de Europa, Asia y África cogido por una tenaza cuya tuerca giratoria es el Monte Carmelo. Unión, unión, unión...

El primer paseo nos lleva a las laderas del Monte Carmelo<sup>4</sup>, a las ruinas de los primeros carmelitas. Este monte para los judíos es, sobre todo, el monte de Elías, gran profeta bíblico que fue el látigo de los cultos sincréticos que proliferaron en Israel bajo el rey Acab, hacia el siglo VIII a. C. ¡Ufffff!... Elías..., algo así como el justiciero de Dios en mayúsculas, un Charles Bronson capaz de actuar con absoluta frialdad, sin motivos personales, como veremos más tarde. Anduviste tú por aquí, Melville, te presentía, muy atento supongo, cómo no cuando se trataba del mismísimo Elías, la conciencia y fusta sobre el rey Acab hasta su caída, aquél que dio nombre a tu gran profeta de la sombra, gobernador de un ballenero condenado. Profeta de rango para el mundo musulmán es Elías, también Jesús con el nombre de Isa, uno de los cinco más sagrados junto a Mahoma, último al que se dan revelaciones según los mahometanos. Esto nos habla de la importancia de Elías, que ascendió como nosotros por estas laderas, que anduvo de cueva en cueva, y en una horadada al borde de estos barrancos dejó su legado a Eliseo, que se estableció tras su muerte junto a algunos discípulos y creó una escuela de profetas para enseñar los misterios de la fe. Muchos años más tarde, tras la muerte del de Nazaret, llegarían numerosos ermitaños que siguieron los pasos de estos antiguos maestros.

Bien, pues justo enfrente de esa concavidad calcárea donde dormía Eliseo, unos cruzados hartos de tantas guerras, devorados por el deseo de servir a Dios de otro modo que no fuera vertiendo

---

<sup>4</sup> *Carmelo* significa en hebreo «jardín de Dios» o «viña de Dios», o «huerto», incluso «vergel».

sangre, erigieron una capilla a principios del siglo XII, y poco después, el patriarca de Jerusalén, san Alberto, escribió para aquellos caballeros unas reglas de vida. Así nacieron los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. Una pequeña ermita en el Wadi es Sia les cobijó, dedicados en cuerpo y alma a la devoción de la madre de Jesús de Nazaret, María madre y santa para algunos, María madre y mujer para otros. Carmelitas que decidieron entregarse sin miramientos a esta madre universal. Nosotros, peregrinos, quisiéramos ese estado de rendición absoluta, pues los tiempos de hostilidades siguieron no sólo dentro de lo que somos cada uno, sino entre los musulmanes y cristianos, hasta que los primeros terminaron por dominar estas tierras tras la derrota de los cruzados a manos de Saladino, y los carmelitas que no fueron apresados o muertos tuvieron que huir a Europa, donde, siglos más tarde, Santa Teresa refundaría la Orden del Carmelo en España<sup>5</sup>.

Antes de llegarnos a la semilla, donde *todo* empezó, como dirían Paco y Miguel, nos tocaba pasar por el lugar que seguramente les concurrió, un manantial que baja Wadi es Sia y de cuya fuente, casi tres mil años la contemplan, bebieron Elías y Eliseo, aunque sólo nos quede su cauce más bajo, ya que el alto surgido entre los muros del monasterio quedó resecaado con el tiempo. Allí estábamos nosotros, saciándonos como beodos en la llamada fuente de Elías, llenando nuestras cantimploras con ese agua que, corriendo fresca y nueva aun caída de un cielo que siempre es el mismo, no dejaba

---

<sup>5</sup> En la introducción de *Las Moradas* dejó dicho que «todas las que tenemos este hábito sagrado del Carmelo somos llamadas a la oración y la contemplación, porque este fue nuestro principio, de esta casta venimos, de aquellos Santos Padres nuestros del Monte Carmelo que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro».

de ser elixir casi sagrado que nos retrotraía a episodios cotidianos de hombres santos. Unos pasos hacia arriba y paseábamos ya entre las ruinas originarias del Carmelo. Momento hondo para Paco, Miguel, Juanjo y José Manuel, homenaje a la orden a la que deben voto de obediencia, al espíritu de esos carmelitas que murieron por llevar la palabra de Dios en los labios y guardar reverencia a la Madre. Sólo quedan unas pocas piedras, algún arco, restos de una bóveda y hierba, mucha hierba tapizándolo todo, ¡ah!, y silencio, silencio reverberado en los rizos del aire, silencio sólo roto por el sonido del agua vertida sobre la roca. ¿Llegaste acá, Herman?, ¿bebiste de la fuente eterna de Elías?

La primera misa del camino fue allí. Ni Leo, ni Maite, ni Guiller ni yo acudíamos desde hacía años a ningún oficio eclesial de manera voluntaria; en mi caso, desde los quince. A mí no me costó, sobre todo gracias a Miguel, que desde el principio, y a lo largo de todo el viaje, convirtió las misas en aventuras de acercamiento personal a Dios, como intérprete que vivía de igual a igual nuestra experiencia y la suya propia. Te aseguro, Melville, que estas misas no son como las del padre Mapple, ¡exhortaciones, penitencias y arrepentíos que llega el Apocalipsis!, por lo que decidí hacer de cada episodio litúrgico, sin llegar a compartir el ritual, una meditación que se adaptara a mi rapsodia interior de lo divino. Aquella tarde, el viento sopló mientras Paco y Miguel santificaban el pan y el vino. Y tanto participábamos todos de aquella familia recién hallada que, llevado del ansia por compartir, comulgué sin confesar en un descuido, y un tanto culpable me retiré sentándome sobre las piedras, sin beber nada del vino que Leo, contagiado de idéntico ardor y también sin confesarse, bebió al serle ofrecido por Paco, cayendo también en estado de reitamiento, los dos como niños cohibidos tras haber transgredido las reglas.

Luego llegó el momento de impartir la ceniza, la cruz grisácea tatuada en la frente, pavesas inamovibles que mantuve hasta el atardecer, como si quisiera ser reconocido por la calle con aquella marca de liturgia por haberme saltado la confesión. Estoy encenizado, me decía, este cuerpo será ceniza, allá a lo lejos, no muy tarde, mas las marcas de la piel nunca tocan el alma. La ceniza sólo tizna la pelliza de este odre ebrio que tiembla. Así anduvimos todos por los barrios de Haifa, sonrientes con la señal de Caín en la frente, tras los pasos de la Estrella del Mar, ese templo que en la loma del Carmelo vela la presencia eterna de la gran Madre que guarda todos los vientres del mundo.

Cuando estuviste en Haifa, el convento de Stella Maris ya se alzaba en una de las lomas del Monte Carmelo, quizá lo recorrieras, Herman, quizá no, nada dice tu diario. Tampoco habla del monumento erigido a los soldados de Napoleón enfermos de peste tras su derrota en Abukir, refugiados entre los muros de su iglesia en 1799, empujados a creer en una cura milagrosa ordenada por el espíritu del profeta Elías, cuya energía sitúa la tradición en la cueva atrapada entre los muros de esta Stella Maris consagrada a la Virgen del Carmen; nunca sabremos si alguno de estos soldados de la *Grande Armée* sanó por gracia de su fe, no lo dicen las crónicas, pero este lugar sagrado ayuda a convertir a Haifa en un lugar hermoso.

Retornarás a Haifa al término de tu viaje a Tierra Santa, quince días después de iniciarlo, un 22 de enero, después de atravesar el valle de Sharon y quedarte prendado de sus amapolas. Serás el único viajero alojado en una ciudad donde dices no hallar muchas antigüedades porque es *demasiado antigua*. «Veo el Mediterráneo, el valle, los montes de Efraím. Un paisaje encantador», apuntas, y, de

nuevo, no durará mucho tu alegría, «estoy completamente solo y empiezo a sentirme como Jonás», y es que, según la Biblia, Jonás embarcó en Jopa o Haifa huyendo de su destino de profetizar la destrucción de Nínive tras oír la voz de Dios, y fue esta tesitura la que le condenó a la mayor de las soledades. Era, sin duda, un profeta escéptico, como tú, Herman, agarrado a la fe y la duda, tensado el ánimo hasta el rompimiento, atado a dos carros de combate que avanzan en direcciones contrarias. El sufrimiento late en Jonás, en su solitario sino de pasar desapercibido primero y luego aceptar ser profeta tras rendirse a Dios, para sentirse finalmente burlado al no cumplirse el anuncio divino de castigo a Nínive tras el arrepentimiento del rey y su pueblo. No hay mayor soledad y castigo para ti que la soledad de Jonás, con el que sientes un compañerismo aciago. Resistirse a querer para acabar queriendo y encima terminar desque-rido y aleccionado por Dios. Y es que a Jonás le falta fe al principio para obedecer o, digámoslo desde su contrario, le sobra miedo para escaparse, y acepta obligado, a toro pasado, arrojado del barco al ser señalado por sus tripulantes, tragado por una ballena durante tres días y expulsado de su vientre, devuelto a la costa transformado en lo que Dios quiere. «El viento sopla, el mar se agita, las olas rompen contra un arrecife. . .»<sup>6</sup>, tu rabia sube y baja en Haifa al ritmo de la naturaleza, como si vivieras de alguna manera la tempestad que Dios mandó a Jonás contra su barco cuando huía lejos de la presencia divina, y masticaras su secuestro en el vientre de la ballena durante los tres días que pasas varado en esa habitación de hotelucho, acuciado por un insomnio impenitente que te angustia.

Tras el desierto de Judea, tras Jerusalén, tras los Santos Lugares, te hallarás inmerso en el complejo de Jonás, temerás tu propia

---

<sup>6</sup> Herman Melville, *Diario de viaje por Europa y Oriente*, en *Las Encantadas*, *op. cit.*, p. 211.

grandeza, pues sabes, Herman, que cuando vuelvas a casa nada será igual que antes del viaje y, de alguna manera, tocará empezar de nuevo. Comparas tu habitación con un faro lleno de ventanas, donde un brazo de mar puede entrar y arrebatarte en cualquier momento, como a Jonás, para acabar en las barbas de la ballena. Y, ese mismo día, el fantasma del profeta se te aparece aún más nítido, dictándote la ralea de pensamientos que debió de tener este elegido sin gloria antes de embarcar en Jopa para intentar salvarse de su destino. Herman, al igual que Jonás, no te puedes ocultar, eres un manojo de nervios y ansiedades con el peso a tus espaldas de la peregrinación ya concluida, los fantasmas del monte de los Olivos azuzándote temores y calvarios: «Es tan siniestra la sensación que me asalta en esta solitaria y antigua Jopa... que sólo me puedo controlar y mantener tranquilo con una severa disciplina», como si tu cabeza avisara del hundimiento, de no salir a flote: «La viga central de madera que atraviesa mi habitación es evidente que se ha cogido de un naufragio...»<sup>7</sup>. Te imagino desde la terraza del alojamiento observando a Jonás vagabundear por las calles de Jopa, ocultándose con un capacho de polizón entre mercaderes y pescadores para enrolarse en cualquier barco rumbo a Creta o la lejana Tarsis, tapándose la boca con la mano para no gritar de rabia, mordiéndose los dedos para no clamar a Dios que lo deje en paz, que no lo atormente susurrándole *ve a Nínive, ve a Nínive, ve a Nínive*.

Esa voz que amas tanto como odias, Herman, esa voz que te sumerge hasta los tuétanos cuando escribes y la hundes en los abismos de tu conciencia, que te da todo y te lo niega todo, que te obliga

---

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 213.

a abordar los demonios y te requiebra en dudas, esa misma voz es de la que has venido a Tierra Santa huyendo, como Jonás en el puerto de Haifa, porque en el fondo sabes que la mejor manera de encontrar un terror es huirlo para superarlo de una vez por todas, como dice tu padre Mapple en *Moby Dick* sobre la huida de Jonás: «Si obedecemos a Dios, debemos desobedecernos a nosotros mismos, y en este desobedecernos a nosotros mismos consiste la dureza de obedecer a Dios»<sup>8</sup>.

Supongo que esa voz que amas y odias, querido Herman, esa voz de la que huye Jonás al decirle que vaya a Nínive, nos habla a todos los seres humanos alguna vez, sólo que no la reconocemos o la ignoramos, pues sabemos que escucharla con seriedad, escucharla desde el alma, sería derribar los muros de nuestro entendimiento, lanzarnos a la deriva como los apóstoles se fueron sin nada tras los pasos del Maestro de Galilea o Elías se aisló en una cueva alimentado por los pájaros. Escuchar esa voz guarda en sí el secreto de la paz, el absoluto desapego del mundo estando en el mundo. Oírla para desoírte y al fin oír la presencia.

Esa misma tarde del primero de marzo nos dirigíamos a uno de esos lugares donde el silencio es el pan de cada día, donde la escucha del interior sustituye a la de lo exterior, y la doma de los sentidos administra la liberación del sentido: el convento de Nuestra Señora del Monte Carmelo en Haifa. Muchas de las mujeres que habitaban allí habían roto el muro de su razón para renunciar a una vida y acoger otra sin melancolía alguna, sin remorderse de

---

<sup>8</sup> Herman Melville, *Moby Dick*, volumen 1, Madrid, Unidad Editorial, colección Millennium, 1999, p. 64.

nada, dispuestas a dejarse mecer por esa voz tantas veces acallada. Y salta a los ojos la alegría de la elección, anida en la comisura de los labios, en la bondad de los rostros que se nos ofrecen bañados en una luz que lo impregna todo. «Nuestra vida es preciosa», dice humilde una de las monjas. Es la primera vez que comparto café y pastas con una comunidad de clausura, y departimos con ellas desde el otro lado de esa verja que, como nos explicarían luego, simbolizaba la unión con Dios y lo humano, una línea que separa el mundo material del inmaterial y a la vez los junta en una frontera forjada entre los dos cosmos.

No sería la última vez que nos presentaríamos a unas monjas de clausura a lo largo del viaje, ni la última que observáramos aquellos rostros imbuidos de una alegría indomeñable, de una inocencia estruendosa y pura como la corriente de una cascada sobre las piedras. Me asombró la tan atenta escucha con que nos correspondieron, bastándoles sólo diez minutos para aprenderse los nombres de casi todos los que allí pululábamos. Nos dieron un consejo que no olvidaré: «Guardaros diez minutos de silencio al día para entrar verdaderamente en oración con vosotros y con Dios». En aquellos sitios, acontecía el fenómeno que he llamado la vibración del sueño: a algunos nos acudía un cansancio inmovible, hacíamos verdaderos esfuerzos para no desplomar párpados y cabezas sin mucho éxito, entre las risas soterradas de los otros al vernos consumidos por la telaraña de la somnolencia. Este proceso, que comprendí más tarde, no era sino la entrega absoluta de nuestras defensas en aquel reducto de paz, armonizados por la alta frecuencia vibratoria que aquellas mujeres santas agitaban desde sus almas hacia nuestros espíritus fatigados en el camino de búsqueda.

Tras la visita al convento, por increíble que pueda parecer, los pies derretidos dentro de las playeras, seguimos andando aún al

caer la noche por el barrio musulmán hasta recalar en casa de una familia árabe cristiana donde nos querían llevar Miguel y Paco. Que vivan las fusiones plausibles. Eran los Totry. ¡Qué acogida!, ¡qué hospitalidad!, y qué raro vernos unos frente a otros, nombrándonos de nuevo ante los anfitriones en medio de sus jóvenes hijas con tocado, y que a más de uno convirtieron en pavos reales asombrándonos con dulces composiciones de piano y laúd que regalaron fervorosamente con más entrega y ganas de agrandar que talento. Pero en ese momento las melodías eran lo de menos; lo de más eran las manos de las chicas paseándose por el teclado como ondas de luz que calaban el alma de frescura. Ya estábamos rendidos a la sencillez y calidez de las jequesas de cuento: Hibat, «regalo de Dios»; Alsama, «el cielo»; y Dana, «brillante día», que mucho tenían, te lo aseguro, querido Melville, de aquellas mujeres edénicas y sensuales que te solazabas en detallar en tus libros de los mares del sur. Eso, sin podernos olvidar de los propietarios del hogar, sus padres, que habían vivido varios años en España y recibían a los peregrinos cada año, llevados por la añoranza del país en donde les habría gustado residir siempre.

Aquella casa de la familia Totry, en la ciudad de Haifa, me pareció tan similar a tantas de nuestro país que no encontraba ningún motivo por el que nadie pudiera levantar un muro entre aquellas personas y nosotros, fueran cristianas, musulmanas o judías. Sentimos la hospitalidad del corazón que uno siente cuando se halla en casa de sus hermanos, donde uno no se para a pensar qué distinto reza el prójimo, si no a sentir ese rezo aun distinto y hallar en él la verdad que surge del alma y no tiene forma cuando se abraza el infinito, porque no dejará de ser esa misma chispa que irrumpe cuando oras desde la verdad de tu ser en cualquier parte de este mundo que nos acoge a todos.

Regados de luz salimos de aquella casa hasta que llegamos a nuestro humilde cuartel, donde el suelo de azulejos frío y duro nos esperaba, subidos a la platea del teatro de funciones escolares, prestos a meternos en nuestro saco de dormir, no sin antes haber probado las mieles de la ducha fría y el apagón a las once de la noche, cuando aún no me había dado tiempo a colocar el almohadón hinchable e introducirme como una larva en el saco por primera vez desde hacía diez años. Me costó dormir, mucho, pensando en que nos levantaríamos a las cinco y media de la mañana para salir pitando, lo que me desvelaba aún más... Cinco, cuatro, tres horas..., el suelo cada vez más duro, la cadera cada vez más quejosa.

Cómo no iba a entenderte, Herman, cómo no voy a entender que no pudieras dormir en tu hostel de Haifa los casi cinco días que pasaste hasta tu marcha. No eran sólo ya los espectros interiores regurgitados por obra y gracia de la peregrinación acosándote, sino también el aderezo de las moscas, el fragor del oleaje batiéndose contra la ventana. No te quedaba otra que dedicarte a mascar tabaco o bromear al leer la lista de autógrafos y confesiones del librito de visitas, a poco de marcharte ya para dejar a tu espalda la peregrinación, como una fina y larga línea de sombra que estuvo hasta el final de tus días. Un 25 de enero, gracias a Dios, «con el viento y el mar calmados», conseguiste por fin dormir en Jopa antes de dejar Tierra Santa.

Abrumado por el suelo de baldosas cada vez que me daba una vuelta en el saco, venías a mi regazo entre suspiros y durezas como el espectro anunciador de una tortura, y comencé a respirar más profundo, más profundo, más profundo, saboreando la lentitud del aire como un somnífero que me adensara, y al final encontré tu mano allá en la oscuridad, enorme, ardiente, rugosa como la madera del mástil de un ballenero, inundada de líneas que trenzaban

y destrenzaban los aparejos de las velas. No me digas cómo, logré dormirme cogido a ella. Herman, supongo que conseguimos res- tañar en aquel acompañarnos la herida que nos fragmentaba, libres por fin para sentir la paz furtiva suspendida en el silencio de aquella noche.